

Primeras Bibliotecas públicas en Antioquia

Patricia Londoño Vega

Con los avances de la educación formal que hubo en la Antioquia rural y pueblerina de mediados del siglo XIX al decenio de 1920 se generó un marcado dinamismo cultural. Una de sus expresiones fue el interés por la literatura, que alcanzó la máxima expresión en el llamado “quinquenio de oro” de la literatura antioqueña, que va de 1890 a 1895. En su “Autobiografía” Tomás Carrasquilla escribe sobre su natal Santo Domingo, pueblo de unos diez mil habitantes situado en el principal camino de arriería que comunicaba a Medellín con el río Magdalena:

... por allá en esas Batuecas de Dios, a falta de otra cosa peor en qué ocuparse, se lee muchísimo. En casa de mis padres, en casa de mis allegados, había no pocos libros y bastantes lectores. Pues ahí me tenéis a mí, libro en mano, a toda hora, en la quietud aldeana de mi casa.¹

En diversas oportunidades, el periódico *El Montañés* mencionó el “recrudescimiento literario” que se vivía en Medellín. En febrero de 1898, su director, Gabriel Latorre, escribía: “Todo el mundo está aquí hoy tocado de la manía literaria”.²

Las crecientes aspiraciones culturales en Antioquia alentaron la creación de una amplia gama de sociedades culturales que se pueden clasificar en: agrupaciones literarias, artísticas y teatrales; bibliotecas públicas; sociedades científicas y pedagógicas; asociaciones para el fomento cívico o moral; bandas, conjuntos musicales, orquestas y academias de “música culta”; sociedades de temperancia; y clubes sociales. De modesto tamaño, composición voluntaria y a veces informal y muchas de breve duración.

Entre las sociedades culturales, el mayor número de casos identificados corresponde a

las bibliotecas públicas, creadas casi todas a comienzos del siglo XX. Estas bibliotecas estaban relativamente bien repartidas por toda la región: entre 1850 y 1930, en Antioquia, logré identificar ciento dieciocho, de las cuales, la mayoría correspondía a Medellín, con veinte, seguido de Sonsón, con diez; Yarumal, con siete; Amalfi, Caldas, La Ceja y Titiribí, con cinco cada uno; Copacabana, Santa Fe de Antioquia y Yolombó, con tres. Las demás se repartían entre treinta y siete poblaciones diferentes.

Las cifras son discretas, como también lo era la escala demográfica. En 1851, Medellín, con 13.755 habitantes, le llevaba apenas una leve ventaja a Sonsón, que figuraba en segundo lugar en Antioquia con 10.244 almas, mientras que Fredonia, Aguadas y San Vicente, que ocupaban respectivamente la octava, novena y décima posiciones, tenían entre 5.000 y 6.000 habitantes. Para el censo de 1928 es claro que Medellín ha tomado la delantera al convertirse en una ciudad de casi 120.000 habitantes, nueve veces más grande que en 1851. Al fin y al cabo, junto con otras poblaciones del valle de Aburrá, vivió un proceso de industrialización temprano y dinámico, tanto en términos colombianos como latinoamericanos, y recibió la primera oleada de inmigrantes pueblerinos y rurales. Sonsón, que todavía ostentaba el segundo lugar, había triplicado la población en este lapso y llegaba a los 30.000 habitantes.

Volviendo a las bibliotecas, sólo en unos pocos casos fue posible precisar la fecha exacta de apertura; menos aun, detalles de su funcionamiento. Muchos de sus nombres revelan, sin embargo, quién las patrocinaba o administraba: particulares, instituciones culturales, educativas o benéficas, clubes sociales, parro-

quias, concejos municipales o asociaciones devotas. Una quinta parte de las bibliotecas data del último cuarto del siglo XIX y las demás se crearon en los decenios de 1910 y 1920.

La primera colección de libros abierta al público en Antioquia fue la del convento de los franciscanos en Medellín, que se remonta a 1803. En 1850 tenía cuatrocientos volúmenes y unos años después se convirtió en la base de la Biblioteca Pública fundada en Medellín en 1870 por Pedro Justo Berrío, presidente del Estado Soberano. En 1881 descansaban en sus anaqueles 3.472 volúmenes, los cuales pasaron a hacer parte del nuevo Museo y Biblioteca de Zea, dirigido por Manuel Uribe Ángel. Durante años fue la única biblioteca con servicio al público general de la ciudad:

Muchas bibliotecas eran fruto de la iniciativa privada. En el decenio de 1880, algunos clubes sociales como La Varita y La Mata de Mora tenían gabinetes de lectura surtidos de periódicos y revistas. En 1883 el Club de los Amigos, de Yarumal, esperaba que todos fueran "... a buscar allí la luz y la verdad en las fuentes del saber..."³ Algunos poetas y escritores promovían salones de lectura. El Casino Literario que se reunía en casa de Pedro Antonio Restrepo entre 1887 y 1891 organizó una biblioteca para sus miembros. El sitio de encuentro de los Panidas, el café El Globo, abrió una biblioteca para el público general en la céntrica calle Boyacá, con unos mil ejemplares entre obras científicas, viajes, novelas, historia y poesía.

Durante cerca de treinta años, la biblioteca pública más renombrada de Antioquia fue la Biblioteca del Tercer Piso, establecida en 1893 en Santo Domingo, un pueblo del nordeste. Fue creada por una sociedad anónima conformada por el joven Francisco de Paula Rendón y un grupo de amigos, entre ellos Tomás Carrasquilla, para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América. La biblioteca ofrecía lecturas "sanas, variadas e instructi-



Laberinto trojeborg (ciudad de Troya), labrado en una piedra procedente de Visby, Suecia, tomado de: <https://www.wikiwand.com/es/Laberinto>.

vas" a los socios que pagaban cuotas fijas, o bien las alquilaba a los no afiliados. Pedían libros a España y Francia. En una carta a doña Adela González de Macías del 21 de agosto de 1894, Tomás Carrasquilla describe una asamblea de socios del Tercer Piso:

Si usted viera misia Adela, "El Tercer Piso"... aquello ha sido una fiebre de proselitismo y de conquista que ha dado frutos como no tiene idea... desde "El Alto" hasta "El Chispero", desde el puente de don Barreneche hasta "El Rum-bón" se respira literatura.⁴

Los miembros se habían reunido en la escuela de Carmela para discutir el reglamento. Al llegar al artículo 41 del reglamento, que estipulaba que no se admitirían obras prohibidas por la Iglesia, ni siquiera regaladas, "¡... se estre-mecieron las vigas del globo terráqueo!". Don Rafael Llano, quien después de la guerra de 1876 se había vuelto "rojo",

...esa noche tomó la palabra para impugnar el artículo 41, y, a propósito del atraso, del oscurantismo, de la barbarie que implica tal artículo, del oprobio y la ignominia que caería sobre El Tercer Piso, sobre el pueblo, sobre la patria

en general [...] hasta que Maciíta, revestido de una santa cólera y de una urbanidad iracunda, se paró y dijo que... se debía suspender la impertinente discusión del señor Llano que había hecho perder cincuenta y siete minutos...⁵

En 1908, la Biblioteca del Tercer Piso fue cedida al municipio y en 1917 tenía ya 3.000 volúmenes, sin contar los álbumes, folletos, manuscritos y colecciones de prensa.

Las colecciones de varias bibliotecas fueron objeto de expurgaciones, pillajes y ocupaciones militares en tiempos de guerra civil. La biblioteca de la Universidad de Antioquia fue saqueada por las tropas en la revolución de 1851 y prácticamente destruida en la guerra de los Mil Días. En 1903 se había reducido a trescientos libros. Bajo la rectoría de Tulio Ospina, cuando la Escuela de Minas se anexó a la Universidad de Antioquia en 1906, subió nuevamente a cinco mil ejemplares. En 1928 la biblioteca se trasladó del Paraninfo en la plazuela de San Ignacio a una sala oscura y húmeda. Diez años después la biblioteca central tenía apenas dos mil libros.

Las élites literarias e intelectuales no eran las únicas con acceso a bibliotecas. Los salones de lectura dirigidos a promover las lecturas “sanas” entre los sectores populares aparecieron desde finales del siglo XIX. El *Anuario estadístico de 1888* de Camilo Botero Guerra menciona cuatro bibliotecas ambulantes en Medellín. Una de ellas fue creada por la Sociedad de San Vicente de Paúl con el fin de “... hacer competencia a los libros inmorales y facilitar al pueblo y a la juventud, lectura sana y recreativa”. En 1888 contaba con unos quinientos títulos y cobraba diez centavos a la semana por las obras de recreo, y la misma suma, pero al mes, por las religiosas y científicas. En 1918 la Sociedad de Luchadores, organización obrera de tendencia socialista, comenzó a patrocinar centros de lectura para contrarrestar la influencia de la Iglesia y estimular la “toma de conciencia obrera”.

Finalizada la guerra de los Mil Días, la paz facilitó la expansión de las bibliotecas por el departamento, la mayoría de ellas fomentadas por asociaciones devotas y establecimientos educativos y de beneficencia. En el decenio de 1920, las sedes de la Congregación de Hijas de María en Amagá, Amalfi, Salgar, Santa Fe de Antioquia y Titiribí prestaban servicio de biblioteca.

Por último, y con respecto a las prácticas de lectura, una crónica de Anorí afirma que “los trabajadores de las minas y los campos se agrupaban alrededor del hogar para dedicarle al libro sus horas de descanso”. Agrega que los lugareños comentaban las obras de Gabriel D’Annunzio, Nietzsche, Enrique Rodó y del favorito, José María Vargas Vila, y que en cada residencia había un anaquel lleno de libros. León Zafir, seudónimo de Pablo Emilio Restrepo López, hijo de un pequeño minero y agricultor de la zona, leía cuanto libro caía en sus manos, antes de radicarse en Medellín hacia los años veinte.

Referencias

- 1 Jaramillo Agudelo, D. (1996), Tomás Carrasquilla, el escritor, en Carrasquilla, T., *Frutos de mi tierra*, edición facsimilar, El Navegante Editores, p. 5.
- 2 Londoño Vélez, S. (1994). Las primeras revistas ilustradas de Antioquia, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, vol. 31, núm. 36, p. 16.
- 3 *Los Anales del Club*, 6, septiembre 1883, s. p.
- 4 Carrasquilla, T. (1952). *Obras completas*, Epesa, pp. 2122-24.
- 5 El Tercer Piso (Biblioteca de Santo Domingo), s. p.

Patricia Londoño Vega es magíster en Historia Local y Regional del Estado de Nueva York, Albany, y doctora en Historia Moderna de la Universidad de Oxford. Profesora jubilada de la Universidad de Antioquia. Estas notas se basan en el libro derivado de su tesis doctoral, *Religión, cultura y sociedad en Colombia: Antioquia y Medellín 1850-1930*, traducida por Carlos José Restrepo, Fondo de Cultura Económica, 2005.